



R. Rafael, editor

Litogr. de Decaux

Bethsabé.



BETHSABÉ.

Cara infirma.

(*Math. XXXVI. 41.*)

En el día de su caída original, vió la humanidad crecer y elevarse entre las ruinas de su perdida inocencia un sentimiento nuevo, que tiene por nombre arrepentimiento, sentimiento dulce y triste como esas flores melancólicas plantadas sobre los sepulcros, en señal de luto y de esperanza. Salido de una mirada del cielo y de la agitación de una conciencia atacada por los remordimientos, el arrepentimiento fué enviado á la tierra para devorar en el dolor los frutos de reprobacion que deja tras de sí la libertad humana. Redentor de las almas, por decirlo así, ahoga con sus lágrimas los delitos de lo pasado, las coloca con su resuscitada juventud en las condiciones de una nueva vida: al paso que las comprime, despierta en el fondo de ellas mismas todo su poder de reaccion, las provoca á luchas generosas y las corona, en fin, con aquella gloria superior que lleva consigo la santidad reconquistada. Porque siendo falible y remediable la libertad humana, convenia que Dios pusiese en el arrepenti-

miento un atractivo de hermosura y todo el prestigio del heroísmo, á fin de llamar otra vez hácia la virtud con toda eficacia á los que no hubiese podido retener en ella el encanto de una conservada inocencia.

Así es como toda la tierra honra con el tributo de piedad y de una admiración simpática á todos aquellos privilegiados esfuerzos de las almas grandes, que arrancando de sí con denudado errores queridos y contraiadas habitudines, han sepultado sus ruidosas faltas en las asperezas de una penitencia aun mas memorable. El cielo mismo reboza de júbilo al espectáculo de esas revoluciones de la conciencia, que sacando al hombre de las honduras del mal, para volverle al origen de todo bien, hacen salir de un ánimo envilecido y disecado por el orgullo, el tesoro de palabras humildes y bienhechoras; de un corazón desviado y estinto por un falso amor, los milagros del mas puro y espontáneo sacrificio; y de una libertad gastada y de una alma envilecida, la virtud con todas sus luchas, sus victorias y sus resplandores. Como si en la inocencia inviolablemente conservada hubiese mas de cielo y menos de hombre, parece que en la inocencia recuperada por el arrepentimiento se muestran mas los esfuerzos, los sudores, las lágrimas, la sangre de la criatura, y provocan en mas alto grado el respeto de los hombres y la amistad de Dios: porque es una ley del mundo, que tanto para el cielo como para la tierra, todo lo que sufre es sagrado: el dolor tiene en sí algo de augusto, y su destino es señalar con una gloria inmarcesible lo mismo que el abate y huella, al pasar, con injuriosa planta.

De todos los nombres inscritos en los fastos del arrepentimiento, ninguno ha quedado mas grande y mas popular que el de David. David era de aquella casta de almas vehementes y borrascosas, en las cuales dejó el Criador una profunda marca del poder de amar; y que seducidas por un momento por la fascinación de las cosas sensibles, las apuran con rapidez en su energía devoradora, y no sienten después su vanidad sino para volver hácia Dios con una inesplicable ternura. Sucesivamente humilde pastor, guerrero intrépido y esforzado, amigo generoso, gefe de proscritos, rey coronado de gloria y dócilmente obedecido, pasando de las pruebas del infortunio á sentarse en el trono, nada le faltaba de lo que constituye las grandezas y las felicidades de la tierra. Entonces fué cuando cayó, arrastrado por el placer y por el orgullo. A la voz severa de un profeta reconoció sus faltas y se sometió al trabajo doloroso de la penitencia. Un pan como de ceniza, lágrimas mezcladas con un vino amargo, vinieron á ser su alimento y su bebida: cubrió de luto su vida solitaria; alcánzole de nuevo la adversidad; sus entrañas paternas fueron desgarradas por golpes redoblados. A sus expiaciones exteriores juntó la humildad de una

confesion hecha á todos los siglos: sacó del fondo de su corazón, abierto por el arrepentimiento, acentos tan patéticos y tan verdaderos, que han quedado en la memoria de los pueblos como la lengua universal del dolor y la plegaria de la humanidad pecadora: parecen oír en ellos el gemido de todas las generaciones juntas.

Seis años habia que reinaba David sobre todas las tribus de Israel. Sabias medidas habian ya señalado su gobierno, y su nombre brillaba ya con la aureola de sus pasadas hazañas. El organizó la fuerza pública entre los hebreos, dividiendo todos los guerreros en doce cuerpos, formados cada uno de veinte y cuatro mil hombres, estando por su turno sobre las armas cada cuerpo durante un mes, para prestar el ordinario servicio á Jerusalem, y en caso de urgencia marchar contra el enemigo, esperando que pudiese reunirse todo el pueblo. Tranquilo en lo interior en donde estaban en órden perfecto la religion, la policía y la administración, sabia en lo exterior imponer el temor y el respeto de sus armas por la prontitud y la severidad de las represiones que se juzgaban necesarias. Habiendo los amonitas ultrajado á sus embajadores, les batió en la primera campaña, apesar del apoyo que les prestaban los reyes de Siria, y en el año siguiente envió á Joab, el mejor de sus generales, para poner sitio á su capital, llamada entonces Rabbath y despues Filadelfia, sobre el torrente de Jaboc, al oriente del Jordan.

Durante esta segunda expedición, David se habia quedado en Jerusalem. Un dia, paseándose por la galería de su palacio, divisó una muger de una rara hermosura, que estaba en el baño, en una casa vecina. Sintióse al momento herido hasta lo mas hondo del alma, y no tomó contra su mal ningún género de defensa. Qui o saber luego quién era aquella muger, y se le dijo que era Bethsabé, esposa de Urias, por sobrenombre el Hetéo, é hija de Eliam, el mismo bravo guerrero, segun se dice, que tenia por padre á Aquitofel, uno de los mas célebres oficiales de palacio. Bethsabé no era libre, y su familia de otra parte, era de elevada gerarquía y se trataba con ostentación. Urias á la sazón, en el sitio de Rabbath, se esponia á la muerte en servicio del principe: vedó para David otros tantos motivos, á cual mas grave, para sofocar en su origen un deslucido culpable. Pero la pasión racionia poco, sobre todo cuando se sienta apoyada por la fuerza: entonces obra como si el poder constituyese derecho. David, obcecado, envió á buscar á Bethsabé. La débil muger quedó deslumbrada sin duda por un lenguaje que venia de esfera tan superior á la suya, y su virtud sucumbió.

Allá en los vastos campos de Judea
El sol abrasador del medio dia,

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Como un globo de fuego ardientes rayos
 Derrama al mundo y á dormir convida.
 El viento calla: los vivientes todos
 Yacen tendidos á la sombra amiga,
 Y el gran monarca de Israel en tanto
 Recorre sus inmensas galerías.
 Tiende sus ojos ávidos: su pecho
 Satisfecho de gloria y de conquista
 Siente un vacío: en vano el Filisteo
 Rindió á sus plantas la cerviz altiva,
 Y vencedor de Adarezer, tributo
 Ha de rendirle el fiero Moabita:
 En vano nuevos lauros le presenta
 De los hijos de Ammon la audacia impía
 Delante de sus huésteres formidables,
 Y el polvo muerde la orgullosa Siria.
 En vano el orbe su poder acata:
 Su corazón en soledad palpita:
 Siéntase laso en el sofá dorado:
 La púrpura de Tyro le fastidia.
 Del Ofir los corales menosprecia
 Y de Arabia la ardiente pedrería....
 De su felicidad el peso sufre:
 Tanta gloria sin goces le fatiga:
 Su misma diadema le importuna
 Sin unos piés á que poder rendirla....
 El ocio de la paz y los regalos
 Su pecho muelle y lánguido afeminan,
 Aquel pecho tan fuerte ora desmaya;
 Aquel alma tan firme ora vacila.
 Deja el pesado manto y rica borla;
 Cubierto va de túnica sencilla:
 Corre á la parte dó el Cedron esconde
 Entre olivos sus aguas cristalinas.
 Desde allí ayer la vió....; la encantadora!
 De placer oprimido y de delicia,
 Mientras ella desnuda y descuidada
 En la pila de mármol estendida,
 Descubria sin velo tantas gracias
 Por las que el corazón del rey palpita.

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Clavada tiene la terrible flecha:
 Un desco tan solo le domina:
 Yace en el polvo el arpa abandonada
 Que á su dueño tornaba la alegría,
 Y á cuyo són dulcísimo al Eterno
 Cual incienso los cánticos subían.
 La oracion le importuna: del Dios fuerte
 Las descuidadas aras no visita:
 La llama criminal prendió en su pecho
 Y solo un nombre sin cesar suspira.
 "Que venga á mi presencia ahora mismo
 La hija de Eliam." Queda cumplida
 La régia voluntad, y en un momento.
 Años de gloria y de valor olvidada....

Desde entonces no pensó ya el rey en otra cosa que en disimular su falta, y en prevenir las consecuencias legales que debía tener con respecto á Bethsabé, pues que las leyes protectoras de la pureza de las familias eran muy severas entre los judíos. Hizo, pues, venir del ejército á Urias Heté, con el pretexto de informarse del estado de las tropas y del sitio de Rabbath, pero en realidad para encubrir su crimen. Después de haber oído la relación que le hizo aquel bravo militar del estado de la guerra, David le despidió, invitándole á que tomase algún descanso en la paz y en las dulzuras del hogar doméstico: y hasta, en muestra de amistad, le mandó platos de su propia mesa. Pero el fiel Urias se mantuvo en la puerta del palacio con los demás oficiales del rey, y no fué á su casa. No tardó en saberlo David, y le preguntó el motivo con el mayor agrado: respondió el esforzado guerrero que se avergozaria de entregarse al regalo y procurarse la molición de los festines, cuando Joab, su general y todo el ejército de Israel, dormían en el duro suelo, después de las fatigas del combate, y cuando el arca santa, que se había llevado á la expedición, estaba debajo de tiendas de campaña. "Por la vida y por la salud de mi rey, dijo, juro que no haré una tal cosa." "Entonces, replicó David, quédate también aquí hoy, que mañana te despacharé." Ganar un día era tal vez salvarlo todo; á lo menos así lo creyó David. Quedóse, pues, Urias en Jerusalem aquel día y el siguiente. Convidóle el monarca á comer y beber en su mesa y procuró á vivas instancias que se escediese en la bebida, esperando que por la embriaguez, y puesto aquel severo militar bajo el imperio de los sentidos,

le haria infiel á la estricta disciplina que se habia impuesto. Mas éste, aunque no sospechase ningun misterio, y obrase sin premeditacion, burló por el hecho todos los ardidés imaginados para su persona, y se mantuvo inflexible en su designio á pesar del régio convite, y pasó la segunda noche como la primera, entre las guardias del príncipe y sin ir á su casa.

La pasión que arrastraba á David le habia hecho caer hasta el último extremo: hasta entonces no era mas que la victima de una debilidad vergonzosa y particularmente culpable en un rey, pero en fin, de una debilidad que demasiado se esplica por la condicion actual de la frágil humanidad. Mas en adelante va á ceder al orgullo, y á descender á cálculos trágicos, para salvar su nombre de un oprobio que justamente le amenaza: va á echar el homicidio como un velo de precaucion para ocultar su primer crimen, y á extinguir una vida inocente que podria reflejar sobre él una luz acusadora. Este orgullo viene nada menos que á romper todo lo que le sirve de obstáculo, y sus caminos son de sangre. Resolvióse, pues, David á un partido extremo; escribió á Joab una carta concebida en estos términos: "En el primer ataque pon á Urias al frente de donde esté lo mas récio y peligroso del combate, y que se le desampare, luego para que sea herido y muera." ¿Quién pudiera en ese tan odioso rasgo, reconocer á David, el héroe vencedor de Goliath, al noble y valeroso hermano de armas de Jonathás, al proscrito de Hebron perdonando generosamente la vida á Saul su perseguidor? Mas tal es el genio de las pasiones: semejantes á furias que forman alrededor del hombre una danza infernal, desde que, uniéndose á una de ellas, ha entrado en su torbellino, le arrebatan con una rapidéz de vértigo y le precipitan en sus devorantes abismos, desde donde se lo pasan la una y la otra como un triste y vano juguete.

Así que, primero injusto, despues cruel, y al fin cobardemente pérfido, el rey confió su carta al mismo á quien ésta condenaba tan infelizmente á la muerte. Unas por su parte, embelesado/sin duda de las mentidas bondades de su señor, partió con el funesto mensaje, y lo puso fielmente en manos de Joab. Por desgracia tan duro y tan altanero algunas veces con David, era cortesano demasiado ambicioso para retroceder delante del sacrificio de una vida humana. Su edad, su valor experimentado, sus talentos militares, sus prestados servicios, lazos de próximo parentesco, todo le daba sobre el príncipe un ascendiente, que él no hubiera querido comprometer ahorrándose un crimen. Ocupado desde algunos meses en el sitio de Rabbath, conocia bien los puntos en donde la resistencia se mostraba mas intrépida. Atrajo, pues, al enemigo fue-

ra de los muros, espuso al esforzado Urias á los golpes mas peligrosos, y condujo la accion de modo que le dejase perecer con algunos soldados. Al momento despachó para el rey un correo con estas instrucciones: "Luego que hubierés acabado de referir al rey cuanto ha pasado en el ejército, si ves que él se irrita y dice: ¿porqué os fuisteis á pelear tan cerca del muro? ¿No sabeis que de lo alto de la muralla se arroja con furor una lluvia de dardos? ¿Quién mató á Abimelec, hijo de Jerobaal? ¿No fué una muger, la que en Tebes desde la muralla arrojó sobre él el pedazo de una piedra de molino y le mató? ¿Cómo pues, tuvisteis la temeridad de acercaros tanto al muro? Tú entonces le dirás: Tambien quedó tendido entre los muertos tu siervo Urias Hetéo." Joab, pues, envió á David esta lisonja sanguinaria, y la vida de muchos guerreros se juzgó digna de sosegar el capricho adúltero de un rey, y de nutrir el favor de un cortesano.

El mensajero vino al encuentro de David, y le dijo: "Los sitiados han obtenido una corta ventaja sobre nosotros; hicieron una salida sobre nuestro campamento; mas echándonos sobre ellos, los rechazamos vigorosamente hasta las puertas de la ciudad. Pero los ballesteros desde lo alto del muro arrojaron sus tiros sobre tus siervos, de que murieron algunos soldados y entre ellos tambien Urias Hetéo, tu siervo." David sostuvo en esa trama el papel que se habia propuesto, é hizo trasladar á su general palabras de aparente consuelo: "Dirásle á Joab que no desmaye por este contratiempo, porque la guerra tiene sus vicisitudes, y el cuchillo, tan presto alcanza al uno, como al otro. Reanima, pues, á tus guerreros, y escita su ardor para tomar y destruir la ciudad." Al saber la muerte de Urias, Bethsabé se entregó á las prácticas habituales del luto, y, ó forzadas ó sinceras sus lágrimas, se vieron correr públicamente. Pero la pasión de David no admitia freno y corría como un corcel desbocado.

Apenas transcurridos los dias que se consagraban ordinariamente al dolor, mandó llamar á Bethsabé á su palacio para hacerla otra de sus mugeres, pues las tenia de primero y segundo orden; y algun tiempo despues le nació un hijo, fruto deplorable del crimen que motivó la muerte de Urias. Este es el castigo que la Providencia reservaba á David, para rasgar la densa niebla de los sentidos que habia puesto entre él y la virtud, para herir su alma con el cuchillo del dolor, y hacerle entrar por esta herida los rayos de la hollada verdad y de la justicia desconocida.

Dios puso, pues, en los labios del profeta Nathan palabras de reprension y de misericordia, tal como salen del fondo de la conciencia culpa-

ble, cuando el ultraje de la ley y la traicion al deber se levantan en ella como fantasmas inquietas y aterradoras, y arrancan allí aquel gemido vengador que se llama remordimiento. Nathan fué á encontrar á David, y le dijo: "Habia en una ciudad dos hombres, el uno rico y el otro pobre. El rico tenia un número considerable de bueyes y de ovejas: el pobre no poseia absolutamente nada, á escepcion de una ovejita que habia comprado y criado, y que habia crecido en su casa entre sus hijos, comiendo de su pan y bebiendo de su vaso y durmiendo en su seno, y la queria como si fuese una hija suya. Mas habiendo llegado un huésped á casa del rico, no quiso éste tocar á sus ovejas ni á sus bueyes para dar el convite al forastero que le habia llegado; sino que quitó la ovejita al pobre hombre, y aderezóle para dar de comer al huésped que tenia en casa." A estas palabras, David, altamente indignado contra aquel rico, dijo á Nathan: "Vive Dios, que hombre que tal hizo, es reo de muerte. Pagaré cuatro veces la oveja el que cometió tal atentado, sin tener consideracion al pobre."—"Este hombre eres tú, replicó Nathan con una concision fulminante. Vé ahí lo que dice el Señor Dios de Israel: Yo te uní rey de Israel y te saqué libre de las manos de Saul: te dí la casa de tu señor y puse á tu arbitrio sus mugeres: te hice dueño tambien de la casa de Israel y de Judá: y si esto es poco, te añadiré tambien cosas mayores. ¿Cómo, pues, has despreciado mi palabra y cometido el mal delante de mis ojos? Tú has hecho perecer á manos del enemigo á Urias Hetéo, y le has tomado su muger para hacerla tuya, matándole á él con la espada de los hijos de Ammon. Así, pues, la espada de la muerte estará siempre sobre tu casa, porque me has despreciado y has tomado por tuya la muger de Urias Hetéo. Y aun añade el Señor: Yo voy á adhirte por desastres salidos de tu propia casa: y te quitaré tus mugeres delante de tus ojos, y dárselas hé á otro, el cual dormirá con ellas á la luz de este sol. Y ya que tú has cometido el mal ocultamente, yo cumpliré lo que te digo á vista de todo Israel y á la luz del día." Así habló el profeta, con el doble título de su conciencia y de su mision, y con aquella autoridad que arma naturalmente al defensor del derecho y de la ley, cubriéndole con toda la majestad de un principio incontrastable. Así ha hablado y debe hablar siempre la religion, que es la voz de Dios, delante de los grandes de la tierra, y delante de los pueblos. Si unos y otros la hubiesen escuchado, torrentes de sangre y de calamidades se hubieran ahorrado al género humano. Los intérpretes de la Divinidad deben hablar con respeto, pero sin rebozo, deben anunciar la verdad con dulzura, pero sin lisonja. La palabra de Dios pudo ser olvidada, despreciada, perseguida, pero siempre subsistirá y se

la encontrará como un gérmen de vida y de verdad aun en medio de los escombros de las pasiones humanas.

El rey se sintió conmovido y desgarrado por el filo de esta palabra firme y penetrante. El orgullo bárbaro que habia un momento encubierto su corazon, le abandonó de repente, y este corazon, dilatándose sin trabas, quedó derretido en raudales de arrepentimiento, tal como vemos á los duros metales ablandarse y fluir bajo la accion de un calor fuertemente reconcentrado. Entonces su alma se desgarró con la cuchilla del dolor, y arrojó aquel grito salvador que basta para reparar las ruinas de un mundo, y que pone á la frágil humanidad en equilibrio con el cielo. "Pecado hé contra el Señor." Este clamor poderoso es el que rompe sobre la cabeza del hombre culpable la urna de las misericordias divinas, y hace manar de ellas torrentes de perdon, de gracia y de inocencia. Así, pues, añadió el profeta: "Tambien el Señor que vé tu contricion te remite tu pecado: no morirás. Pero como tú has sido causa de que los enemigos del Señor hayan blasfemado contra él, el hijo que ha nacido de tu delito, morirá irremisiblemente." Porque al borrar las manchas que desfiguran nuestra alma, Dios le impone el dolor como una garantía contra lo pasado y una precaucion para el porvenir. El dolor, en efecto, llena un deber expiatorio en el universo caido: apodérase vivamente de la voluntad humana y condensa su energía: es mejor consejero que la prosperidad, y mientras que el hombre dichoso olvida los años eternos para reconcentrarse únicamente en una vida poblada de los goces de un día, el hombre amaestrado por los sufrimientos, refiere todos sus deseos al cielo prometido, y se vuelve hácia la mano de Dios para besarla y bendecirla.

No fueron vanas, empero, las amenazas del profeta. El hijo de Bethsabé cayó peligrosamente enfermo, y no tardó en no dejar la menor esperanza. David derramó delante de Dios su tristeza y sus súplicas; rehusó todo alimento: se retiró en su palacio, dando tales muestras de dolor, que enternecidos sus domésticos probaron todos los medios para consolarle. Al cabo de siete dias murió el niño; y los criados de David temian darle la fatal noticia, porque decian: "Si cuando aun vivia el infante le hablábamos y no queria escucharnos, ¿qué hará ahora que ha muerto el niño?" Y aquí empezaron para David las angustias, los sollozos y una prolongada penitencia. Oigamos los acentos de su arpa dolorida, y escuchemos por algunos instantes aquel profundo gemido de amargura y de pesar, que ha quedado para todas las generaciones como el lúgubre clamor del hombre arrepentido.

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Piedad, piedad, Dios mio
De esta alma delincuente :
Derrama en mí clemente
Tu inmensa compasion.

Y borrando el impio
Baldon de mis maldades,
Por tus altas bondades
Perdon, Señor, perdon.

De mi crimen nefando
Lava el lunar oscuro,
Y limpio quede y puro
Mi pecho ante tu faz :

Que pávido escuchando
Siempre estoy mi delito
Alzar contra mí el grito
Sin descansar jamás.

Yo contra tí he pecado
Y á tu misma presencia,
Para que tu clemencia
Brillase, oh Dios de amor.

Y por justo acatado
En tus palabras seas,
Y vengado te veas
Del labio detractor.

Mira que concebido
Fuí de iniquidad lleno,
Y en el materno seno
Llevé la iniquidad ;

Mas tú compadecido
Me mostraste bondoso
El tesoro precioso
De tu oculta verdad.

Báneme tu sagrado
Hisopo cual rocío,
Y quedaré, Dios mio,
Puro y bello ante tí.

Si á dejarme lavado
Tu clemencia te mueve,
Mas albor que en la nieve
Verás, Señor, en mí,

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

La plácida alegría
Darás á mis oídos,
Y harás en mis sentidos
El júbilo nacer :

Sobre la tierra fria
Mis huesos humillados
A tu voz animados
Saltarán de placer.

Aparta tu semblante
De mis iniquidades,
Borra de mis maldades
La última señal :

Un corazon amante
En mí de nuevo eria,
Cual antes te ofrecia
Recto, puro y leal.

No de tu faz divina
Me arrojes indignado,
Ni alejes de mí lado
Tu Espiritu, Señor.

A mí dulce te inclina,
Y vuélveme al momento
La salud, el contento,
Y tu divino amor.

Al pertinaz y ciego
Le mostraré tus sendas,
Rotas al fin sus vendas
Veréle á tí volar.

Mas librame, te ruego,
Dios de salud y vida,
De la sangre vertida
Que tiemblo al recordar.

Mi lengua balbuciente
Tu justicia ensalzando,
Te irá do quier clamando
Mi Dios y bienhechor :

Con tu dedo potente
Abre mi labio, y cante
Festivo é incesante
Himnos en tu loor.

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Si agradable en el ara
Sacrificio te fuera,
O tu deidad quisiera
Algún hostia aceptar,
Ya te los inmolara
En mis días infaustos,
Mas ¿cuales holocaustos
Te pueden agradar?

El dón de ti mas digno
Es una alma angustiada
Que busca en tu morada
Consuelo á su dolor;

Un pecho, oh Dios benigno,
Humilde y suspirante
¡Ah! no de tu delante
Echarás con furor.

Vuelve el rostro amoroso
A tu hija aflijida,
Sobre Sion querida
Derrama tu bondad:
Para que jubiloso
Vea en mi triste apuro
Edificado el muro
De la santa ciudad.

Entonces aplacado,
Mi justo sacrificio
Te dignarás propicio
Con otros aceptar;
Y el pueblo prosternado
Con himnos repetidos
Becerros escojidos
Pondrá sobre tu altar.

—
No me arguyas, Señor, tan enojado,
Ni en ira corrijas
Y furor implacable mi pecado.
Enclavadas y fijas
Tus saetas al pecho dolorido
Con rigor inhumano
Penetran, y me siento ya rendido

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Del peso de tu mano.
Ya en mi cuerpo no caben las heridas
Que repite tu enojo:
Desfallecen las fuerzas abatidas,
El temerario arrojó
De mi desobediencia contemplando.
Me ahoga mi torpeza
Como un mar, cuyas aguas rebosando
Ya sobre mi cabeza
No puedo superar. De mis maldades
El peso me arruina.

Se abrió la cicatriz: las necedades
Que el ánima mezquina
Encubria, llagada y asquerosa
Mira ahora y afea.
Mientras en esta carga fatigosa
Agobiado me vea,
Miserable será. La pena mia
Sin término se aumenta,
Y acabándome va de día en día.
Lo que mas me atormenta
Es el fuego voraz en que se enciende
La carne corrompida,
Enfermiza y mortal, que al alma prende.
Triste así y abatida
Gime en su humillacion, y reventando
Alguna vez la pena,
Grito furioso cual leon bramando
Que en la selva resuena.

Tú conoces el fin de mi deseo,
Señor, y mi lamento
Oyendo estás. Rendido ya me veo,
Sin fuerzas, sin aliento,
Flaca la vista, el corazón turbado:
Del deudo, del amigo
Perseguido; de aquel abandonado
Que viviera conmigo,
Y ya de mí se aleja. Los contrarios
Que mi muerte desean,
Unos á viva fuerza sanguinarios,

Me asaltan y rodean;
 Otros me forjan con astucia y dolo
 Calumnias y maldades.
 Yo así, Señor, desamparado y solo,
 A tantas necesidades
 Cual si oídos y lengua no tuviera,
 Sordo y mudo me hago;
 Y cual si responderles no supiera
 A nada satisfago,
 Porque solo en tí vive mi esperanza,
 Oh Dios y Señor mio:
 De tí solo con dulce confianza
 Las quejas que te envío
 Atendidas serán. Lo que te ruego
 Es que de mi caída
 Mi enemigo no goce, porque luego
 Que observe si torcida
 Pongo un poco la planta en la escabrosa
 Senda, ya se gloria
 De rendido me ver. Ya en la penosa
 Triste condicion mia
 Pronto estoy al castigo, y mi pecado
 De vista nunca pierdo;
 Su malicia conozco, y traspasado
 De pena le recuerdo.
 Mas el fiero enemigo prevalece
 Sobre mí desvalido,
 Y vive y triunfa; y ya sin cuento crece
 El bando fementido
 De contrarios inicuos, y de ingratos
 Que el furor en veneno
 Convierten, y censuran mis conatos
 Si aspiro á lo que es bueno.
 No me abandones tú, Señor Dios mio,
 No de mí te separes:
 Mi Dios, mi Salvador, en tí confío,
 Que viendo mis pesares,
 Me prestarás con generosa mano
 Auxilio soberano.

David consoló como pudo á Betsabé, su esposa, por la muerte del hijo que le habia dado á luz. Sin duda que la religion pondria en sus labios algunas palabras de consuelo, porque en aquel triste acontecimiento verian ambos esposos un justo castigo de una doble iniquidad, y el cumplimiento de las divinas venganzas. Un hijo concebido en el crimen, y para el cual se habia derramado sangre inocente y generosa, no permitió Dios que fuese el embeleso de sus padres, ni que sus caricias, siempre crecientes, le hiciesen olvidar el delito que le habia dado el sér. Bajar debia desde la cuna al sepulcro; pero en cambio Betsabé dió despues á David un sucesor ilustre de su trono, destinado á levantar á Dios el templo mas precioso del universo, y á llenar el mundo con la fama de su sabiduria.

Verdad es que algunos rayos de gloria brillaron todavía entre la densa noche que se amasaron en adelante alrededor de la vida de David. Sosteniase la fortuna de sus armas: Joab habia reducido á Rabbath á los últimos apuros, y como hábil cortesano, reservaba á su rey el honor de dar el último golpe, y determinar la victoria. Estando para dar el asalto á la ciudad régia, remitió correos á David, diciendo: "He combatido á Rabbath, y está para ser tomada la ciudad de las aguas. Junta, pues, ahora el resto del ejército, y ven á batir la ciudad y tomarla, á fin de que, conquistándola yo, no se me atribuya á mí el honor de la victoria." Juntó, pues, David todas las tropas, y marchó contra Rabbath, y la tomó por asalto. Puso sobre su cabeza, en señal de dominacion, la corona del rey, que era de un valor inmenso, toda adornada de magnifica y riquísima pedreria. El destrozó y el botín fueron inmensos, segun el genio de las antiguas guerras, en que el ardor de los combatientes solo se apagaba en la sangre de los hombres y en la destruccion de las cosas. De otra parte, el nuevo hijo que tuvo de Betsabé, en lugar de aquel cuyo nacimiento y muerte le habia costado tantas lágrimas, le absorvió toda la ternura de sus contristadas aflicciones. Oyó con el mayor gozo cómo el profeta Nathan pronunciaba sobre este hijo bendito palabras de gloria, manifestando que era el objeto dichoso de la predileccion del cielo. Pues por medio del mismo profeta le puso el nombre de Salomon, ó sea amado del Señor, ó amable á los ojos de Dios. Pues realmente fué este príncipe el que mas elevó el país de los hebreos á su mas alto período de grandeza y de prosperidad; el que tuvo por espacio de cuarenta años todo el Oriente atento y admirado del esplendor de su reinado pacifico, y que escitó de tal manera la admiracion de sus contemporáneos, que pudo dejarse arrastrar á errores deplorables, sin que desapareciese en sus faltas su renombre de sabiduria, pues el mundo entero le llama todavía el sabio Salomon.

Mas las alegrías de David fueron turbadas por acerbos pesares. Abrióse en el hogar doméstico un manantial de desgracias, como lo había anunciado el profeta: todo parecía allí volverse contra él. Ammon, el mayor de sus hijos, locamente descariado por la pasión, insultó la sangre paternal en Thamar, su hermana consanguínea y hermana uterina de Absalon, pues ambos eran hijos de David Moacha. El príncipe se dejó dominar tanto de esta pasión insensata, que enfermó, y por consejo de su primo Jonadab, hijo de Semaá, hermano de David, se aprovechó de su misma enfermedad para hacerse servir de Thamar, y venciendo su timidez virginal, le hizo sufrir el mayor oprobio. Y tomándole de repente una aversión mayor que el amor que antes le tenía, la hizo salir de su aposento, y cerró tras ella la puerta. Entonces la infeliz, con su traje de doncella, hija del rey, esparciendo ceniza sobre su cabeza y rasgando su ropa talar, se fué dando gritos dolorosos y cubriéndose con ambas manos la cabeza. Adivinó Absalon el motivo de su amargo desconsuelo, y procuró consolarla diciéndole: "Calla por ahora, hermana mía, que al fin es hermano tuyo; no te desesperes por esta desgracia." Como si dijera: el honor de la real familia está interesado en que quede oculta esta infamia. Thamar, pues, se quedó en casa de su hermano Absalon; pero se consumía interiormente de tristeza y de dolor. La naturaleza de este atentado conmovió viva y profundamente á David; y recordándole la idea de su propio crimen, le hizo sentir la equidad de los divinos castigos, que hieren y descargan sobre nuestra alma por los mismos puntos que hemos escogido para lisonjearla y corromperla. Aun le esperaba un golpe mas doloroso y cruel. Absalon, hermano uterino de Thamar, al verla inconsolable y sumida en mortales angustias, trató de vengarla de un modo terrible. Atrevido y violento, pero disimulado, alimentó por espacio de dos años una indignación secreta, no dejando escapar la menor queja que pudiese hacer traición á la llaga cruel que en su pecho nutria, ni dar el menor indicio de sus designios. Convidó un día á todos sus hermanos á un gran festín en una casa de campo, no lejos de Jerusalem, con motivo del esquila de sus ovejas de Baalhasor. Hasta hubiera deseado que el rey hubiese asistido con sus hijos, para hacerle expiar sin duda, contristándole con una trágica escena, la impunidad concedida al incesto de Ammon. A pesar de las mas vivas instancias, David rehusó asistir personalmente y tomar parte en el convite que se le proponía. Y aun por de pronto manifestó alguna repugnancia en permitir esta reunion de todos sus hijos, como si hubiese temido algun fatal acontecimiento, pero al fin consintió cediendo á reiteradas instancias. El banquete dispuesto era espléndido, como festín real, pero Absalon había da-

do esta orden á sus criados: "Estad alerta, y cuando Ammon estuviere turbado por el vino, y os diere yo la señal, heridle entonces y matadle: no tenéis que temer, pues yo soy el que os lo mando. Coraje, pues, y portaos como hombres de valor." El festín fué magnífico y abundante: cuando la alegría estaba mas viva y animada, á la señal convenida los domésticos se precipitaron sobre el desgraciado Ammon, que cayó casido de heridas. Azorados sus hermanos se apresuraron á huir de aquel lugar funesto, y volvieron á Jerusalem. Estando todavía en el camino, llegó á oídos de David el rumor de que Absalon había asesinado á todos los hijos del rey sin quedar siquiera uno solo. Herido el corazón de David y desgarrado por tantos golpes mortales juntos, levantóse y rasgó sus vestidos, y los rasgaron asimismo todos los circunstantes. Pero su sobrino Jonadab se apresuró á decirle que solo había perecido Ammon, porque Absalon había jurado perderle desde el día en que violó á Thamar, hermana suya. Con todo, inmensa fué la tristeza de David: derramó amargas lágrimas sobre este nuevo desastre, y llenó toda la región morada de señales de pesadumbre y de luto. Absalon, no creyéndose seguro, huyó á refugiarse en la casa de su abuelo materno, que dominaba una parte de la Siria. Este abuelo era Tolomai, hijo de Ammiud, rey de Gessar.

La afrenta de Thamar, la muerte de Ammon, las consecuencias lamentables que podían seguir á tales preludios, todo saturaba de acerba pesadumbre el alma de David. Con todo, al cabo de tres años, calmóse su indignación, y sintió en sí mismo que la ternura paternal se levantaba como una voz poderosa, en favor del desterrado. Joab, siempre habil en penetrar el corazón de su señor, conoció que llegado era el tiempo de servir á Absalon, el cual pudiera algun día empuñar el cetro. Para alcanzar su objeto se valió de una muger astuta, y le trazó el papel que debía desempeñar en aquel negocio. Esta muger, en traje de luto, y con todas las trazas de una madre y de una viuda desesperada, vino á arrojarle á los pies de David exclamando: "Oh rey, sálvame." "¿Qué es lo que tienes? preguntó el monarca."—"¡Ay de mí! respondió la viuda, perdí mi marido, y dos hijos que me quedaron, salieron en el campo donde nadie había que pudiese despartirlos, y el uno cayó muerto á los golpes del otro. Y ahora toda la parentela conjurada contra tu sierva, dice: entrégnalos al fratricida para hacerle morir en venganza de la sangre que derramó de su hermano, y acabemos con este heredero. Así pretenden extinguir la única centella que me había quedado, para que desaparezca toda traza de mi marido sobre la tierra."—"Vete á tu casa, y yo daré providencia en favor tuyo." Insistió la viuda por varias veces, manifestando cuánto temía el estremado furor de

sus parientes; pero otras tantas David le prometió su proteccion, y hasta confirmó su palabra con juramento, diciéndole por último: "Vive Dios que no caerá en tierra ni un cabello de tu hijo." Entonces repuso la muger: "¿Cómo, pues, has pensado negar á todo un pueblo la gracia que me concedes, y cómo el rey persiste en la funesta resolucion de no llamar á su hijo desterrado? Todos nos vamos muriendo y deslizandocomo el agua derramada por tierra, la cual no vuelve á parecer. No quiere Dios que una sola alma perezca; antes bien, se á inclina revocar sus decretos para que el condenado ó abatido no se pierda enteramente." Sospechó David y se convenció despues, que Joab era el autor de este inocente ardid; pero como su corazon de padre gustaba de la moral de aquel apólogo, se dejó prender voluntariamente en el lazo, y dijo á Joab: "Concedo la gracia que me pides: mi corazon perdona: anda, pues, y haz volver á mi hijo Absalon."

Joab, despues de haber dado al rey las mas vivas gracias, postrado en tierra, fué á encontrar á Absalon en su retiro de Gessar, y le condujo sin tardanza á Jerusalem. Pero el proscrito no debía acercarse al palacio en donde no queria recibirle su padre. Mas él era de aquellos caracteres llenos de una inquieta independencia, que sufren mas por lo que se les prohibe de lo que disfrutan por lo que se les concede. Además, vivia tal vez bajo el dominio de miras ambiciosas, á las que obedeció despues con una tenacidad tan criminal como desgraciada. Sea como fuere, irritóse por su larga desgracia, y trató de ponerle término. Mandó llamar á Joab con el designio de hacerle intervenir acerca del rey, pero Joab no compareció, temiendo sin duda que aquel paso no fuese mal interpretado, y no comprometiese el favor de que gozaba, y á dos invitaciones urgentes, opuso dos respuestas evasivas. Entonces el fogoso Absalon hizo incendiar las mieses de Joab, á fin de arrancarle de su calculado silencio. En efecto, sorprendido de tan caprichosa violencia Joab, vino á quejarse con el culpable, pero se vió obligado á ceder á las resueltas exigencias del jóven príncipe, y disimular sus fogosos trasportes por haber resistido á sus súplicas. "Mandé llamarte, le dijo Absalon, rogándote que vinieras para que dijeses de mi parte al rey: ¿A qué fin he vuelto de Gessar? para esto mejor me era permanecer allí. Alcánzame, pues, la gracia de que pueda ver la cara del rey, el cual, si aun se acuerda de mi delito, que me quite la vida." Joab entonces dió cuenta al rey de todo lo que habia pasado, y negoció la reconciliacion definitiva de su extraño amigo. Absalon, pues, fué presentado á David, y arrojándose á sus piés, le adoró en señal de respeto: las entrañas del padre se conmovieron, y abrazó á su hijo con ternura, pues ninguna voz habla con mas

energía y elocuencia, que la voz de la sangre: al través de las faltas un hijo, los padres perciben no sé qué dulce y misteriosa imágen que les impone, y que hace huir el enojo de sus labios para traer á ellos el perdón.

Apenas la falta de Absalon quedó cubierta con una generosa clemencia, cuando este mal aconsejado príncipe se aprovechó de todas las ventajas que habia conseguido para abrirse rápidamente el camino del trono. Para hacer servir á su ambicion poscia cualidades seductoras: una afluencia embelesante, maneras abiertas y afectuosas, y sobre todo, una belleza incomparable. Ninguno le igualaba en gallardia y gracia personal; conservaba con el mayor cuidado su magnífica cabellera, y segun la expresion de los libros santos, desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza, no habia en él el menor defecto. Con tan perfecto exterior, sus veinticinco años esparcian por su derredor un prestigio y un atractivo irresistibles; pues de la belleza, cuando va acompañada de la juventud, se desprende una especie de virtud mágica que impone el respeto é inclina á una afectuosa obediencia. Todas estas ventajas no podian menos que convertirse en poderosos instrumentos de desórden, si Absalon se dejaba llevar de la apasionada impetuosidad de su carácter. Y esto fué lo que sucedió puntualmente.

Sin duda que con la idea de sus borrascosos precedentes, temia no alcanzar la corona que le parecia naturalmente devuelta por la muerte de sus hermanos mayores: y tal vez tardaba á su ardiente impaciencia el tomar y ejercer el mando. Conspiró, pues, para la caída de su padre: procuróse partidarios, afectó parecer rodeado de caballeros y de guardias, se lamentó de la injuria del poder y de los sufrimientos del pueblo, prometiendocorregir los abusos si llegaba un día á reinar. Desde el tiempo de Absalon esta ha sido siempre la senda trillada de los ambiciosos para escalar el poder. Lamentarse de los abusos presentes, de los padecimientos del pueblo, prometer ventajas para el porvenir, y engañar con sueños de felicidad las mas lisonjeras esperanzas, tal ha sido el lenguaje de los que odian el poder en los otros, anhelando revestirse de él á si mismos. Todas las mañanas se le veia en las puertas de la ciudad en donde se administraba la justicia; y allí se informaba con afectada solicitud del negocio que á cada uno conducia á ver al rey. "¿De dónde eres?" preguntaba á cada uno.—"De tal tribu de Israel es tu servidor."—"Tus pretensiones me parecen razonables y justas: la lástima es que el rey á nadie ha delegado para oírte. ¡Oh! ¿quién me constituyese juez de este país, para que viniesen á mí todos los que tienen negocios, y yo les hiciese justicia!" Tendia despues la mano á su interlocutor, y le daba un abrazo con la mayor familiaridad. De este modo lograba que los cora-

suces de todos, desasiéndose de David, se le atrajesen á él. Porque el pueblo, casi siempre enemigo de los que le gobiernan, es siempre amigo de los que le adulan; nada vé de lo presente sino los sufrimientos que padece, y de lo que ha de venir no atiende, sino á las felicidades que se le prometen, abusando de su fuerza y dejándose engañar, sacrifica lo que es á lo que quiere ser; y dejando la tierra firme de realidades tolerables, se embarca, sobre la fé de los ambiciosos, en esperanzas imposibles.

So pretexto de cumplir con un deber religioso, ó sea ciertos votos que habia hecho en Gessar si el Señor le restituía á Jerusalem, pasó Absalon á la ciudad de Hebron, en donde David habia dado comienzo á su tan turbulento reinado, y se habia mantenido muchos años contra Saul. El rebelde llevó consigo solamente doscientos hombres, que no se hallaban en el complot, sino que le habian seguido con la mayor sencillez sin saber nada de sus designios. Mas envió emisarios á todas las tribus de Israel, que preparasen las vias á su advenimiento, y que debian en el día convenido hacerle reconocer universalmente por rey. Hizo venir asimismo á Aquitofet, consejero de David de su ciudad de Gilo, abuelo de Bethsabé, y de quien se dice no haber nunca perdonado á David el ultraje cometido contra su nieto. Era hombre resuelto, y que valia el solo por una asamblea de sabios. Al tiempo, pues, en que se estaban inmortalando las víctimas, formábase una récia conjuración como una terrible tormenta se forma con rapidez en la región de las tempestades, é iba creciendo á cada instante el número de los que acudian de tropel al partido de Absalon. En medio de aquella fiesta religiosa que habia atraído una multitud innumerable, los conjurados proclamaron por rey á Absalon, y el pueblo, como suele suceder con todo lo que es nuevo, acció este cambio con entusiasmo. De todas partes llegaban correos, anunciando á David la defección de Israel. David empero, á quien la conciencia de sus faltas y la sinceridad de su arrepentimiento tenian humildemente postrado bajo la mano de Dios, se acordó de las amenazas de Nathan, y conoció que la celeste venganza pesaba sobre él en aquellos momentos. Y además, no ignorando el carácter violento y arrebatador de Absalon, no quiso precipitar el país en los horrores de una guerra civil, y escitar la cólera salvaje de un parricida por medio de una resistencia, cuyos resultados era imposible calcular entonces, pues solo mas tarde y acosado de un peligro mucho mayor, fué cuando tomó otra resolución. Salíó, pues, de Jerusalem á pié, seguido de sus fieles servidores y de seiscientos valientes, que eran ya desde muchos años sus compañeros de armas. Pasó el torrente de Cedron y ganó la montaña de las Olivas, llenos los ojos de lágrimas, los piés desnudos, cubierta la cabeza en señal de luto, y todos

los que con él huían, caminaban igualmente con la cabeza velada y derramando lágrimas. Este mismo camino tomó mas tarde otro principe, hijo de David, segun la carta, cuando cercano á dar su vida por la salud del mundo, iba á sufrir en el Gethsemani aquella amarga agonía, en la cual viendo pasar por delante de sus ojos los crímenes y las desgracias de todos los siglos, quedó penetrado por tan penetrantes angustias, que un sudor de sangre cubrió todos sus miembros. Y aun en el día este camino se abre donde quiera á los piés del hombre, otro monarca de dolor, que desde la cuna al sepulcro atraviesa el largo torrente de tribulaciones buscando la paz, y arranca de su alma, grande y despedazada, aquellos gritos de angustia y aquellos lamentables sollozos que hacen llorar á la historia.

David entretanto, en medio de su desconsolada posicion, no dejó de encontrar muestras de fidelidad en muchos de los suyos, muestras que dadas en la desgracia y con una espontaneidad generosa, llenan de consuelo el corazon del perseguido. Hasta el extranjero Ethai quiso seguirle á todo trance. Acompañóle tambien el sumo sacerdote y todos los levitas que llevaban el Arca del testamento, como para poner la fuga del angustiado monarca bajo la proteccion del cielo. Pero dijo el rey á Sadoc, el sumo sacerdote: "Vuelve á llevar á la ciudad el Arca de Dios, que si yo hallare gracia en los ojos del Señor, él me volverá aqui y me dejará ver otra vez su Arca y su tabernáculo. Pero si no fuere agradable á sus ojos, estoy á lo que disponga: haga de mí lo que fuere de su mayor agrado. . . . Voy á ocultarme en los campos del Desierto, hasta tanto que me envíeis otras noticias del estado de las cosas." El pueblo, enternecido, seguía sollozando á su triste señor, cubierta la cabeza en señal de dolor. En esas grandes catástrofes que hacen bambolear ó caer el sόlo de los reyes, la fidelidad pura parece reconcentrar mas su energia; y no pudiendo contenerse en los limites ordinarios, estalla con todas las señales de un afecto filial. Entonces se conocen las almas íntegras y magnánimas, y el infortunado monarca, buyendo tal vez como un proscrito, tal vez se halla rodeado de mas amigos que el usurpador, rodeado con el vano ropel y con la versátil muchedumbre de sus interesados adoradores: Lo que mas afectó á David fué el saber que el hábil Aquitofet era otro de los conjurados. Entonces se volvió de repente á aquel cuyo consejo deshace los consejos temerarios de los hombres, y exclamó: "¡Oh Señor! desconcierta, te ruego, los consejos de Aquitofet!" Y no fué vana la súplica por cierto, pues Cusai, el araquita, fué otro de los que se presentaron al aflijido monarca con el vestido rasgado y la cabeza cubierta de polvo, y el rey apeló á su astucia, para que volviendo á la ciudad y fingiéndose

sectario del rebelde, desbaratase con su astucia los planes del viejo y rebelado ministro.

En efecto, Absalon, que habia avanzado rápidamente sobre Jerusalem, entró sin resistencia en la ciudad al mismo tiempo que Cusai, que habia tomado sobre si con el mayor gusto el cargo de desconcertar los proyectos de Aquitofel. David en su destierro encontró mezclada la fidelidad con la perfidia como todos los desgraciados, y mientras que Siba le presenta dos animales cargados de comestibles para alivio del rey y de los que le seguian, un pariente de Saul, llamado Semei, le carga de imprecaciones y le apedrea. "Anda, le dice, anda, hombre sanguinario, hijo de Belial: ahora te ha dado el Señor el pago de toda la sangre derramada de la casa de Saul: ya que tú le usurpaste el reino, el Señor le ha pasado á manos de tu hijo Absalon, y las desgracias mira cómo te oprimen por haber sido un sanguinario." El bravo Abisai no podia contentarse al ver la audacia del insolente Semei, y corria á hacerle enmudecer para siempre. Pero David, reconociendo en aquel hombre descarado un instrumento de la justicia del cielo, contuvo al arrebatado jóven y le dijo: "Déjale maldecir, ya que el Señor así lo ha dispuesto; y ¿quién osará pedirle razon de sus designios? Y cuando un hijo mio, nacido de mis entrañas, anda tras de quitarme la vida, ¿qué mucho me trate así ahora un hijo de Jemini? Tal vez el Señor se apiadará de mí, y me volverá bienes por las maldiciones que ahora recibo." David prosiguió, pues, su camino, acompañado de los suyos, mientras Semei continuaba insultándolo y levantando polvo, hasta que llegaron fatigados todos á Bahurim, en donde tomaron algun descanso.

Oigamos ahora por un momento los acentos del rey perseguido, lamentándose de la rebeldia de su hijo y de la traicion de Aquitofel.

Escúchame, Dios mio,
Oye la fervorosa
Oracion y clamores con que enciende
Mi pecho el aire frio:
Merezcan tu amorosa
Benignidad; escúchame y atiende:
Sin término se estiende
Mi triste pensamiento:
Tráeme conturbado
La fuerza del malvado,
De sus tropas el grito turbulento,

Los males que me achacan,
Sus iras contra mí, que no se aplacan.

Apenas en el pecho
El corazón palpita
Del horror de la muerte fatigado:
Vacilante y deshecho
El ánimo se agita
De trísticas sombras rodeado.
Y digo: en tal estado
¿Quién las alas me diera
Con que su vuelo toma
La cándida paloma,
Y con ellas distante de aquí huyera,
Y al desierto volara,

Donde libre y seguro descansara?

Y allí al que en miedo tanto
Y tempestad tan dura
Puede solo librarne, esperaria.
Tú, Señor, entretanto
La ruina apresura

De los malos, confunde su osadia.

¡Ay triste ciudad mía,
De la maligna y ciega
Discordia apoderada!

Día y noche cercada
De maldades, el muro les entrega,
Y abre puerta al engaño,
A la injusticia, usura, robo y daño.

Si enemigo entendiese
Ser quien me maldijera,
Con mas facilidad lo tolerara:

Si odioso me creyese
Para el que tal hiciera,
Huyera acaso de él, y me apartara:

Mas, ¿tú, que con tan rara
Concordia me seguías,
Mi caudillo valiente,
Mi íntimo confidente
Que conmigo á la mesa el pan comías,

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Y en el templo conmigo
 Fuiste el mas allegado, el mas amigo?
 La muerte los sorprenda,
 La tierra los devore
 Vivos, con las maldades inquinada
 De su infame vivienda;
 Mientras yo fiel adore
 Al Señor, y le clame, y mi cuitada
 Alma sea salvada,
 Sus glorias en oscura
 Noche y en claro dia
 Cantaré, y la voz mia
 Oir se dignará, que en paz segura
 Le plugo defenderme
 De millares que vengan á ofenderme.
 Oirá mi voz y luego
 Humillará su altivo
 Orgullo el que antes de los siglos era.
 Obstinados en ciego
 Furor, ni aun al Dios vivo
 Temen, por mas que estienda su severa
 Mano, y herirlos quiera.
 Rompieron su alianza,
 Y huyendo dispersados,
 De su ira acosados,
 Los persigue en la fuga y los alcanza:
 Cobardes, alevosos,
 Lenguas blandas y pechos venenosos.
 Pero deja, alma mia,
 Deja á Dios el cuidado
 De tu prosperidad ó desventura,
 Y firme en él confia,
 Que te dará colmado
 Sustento bien cumplido, y paz segura.
 No para siempre dura
 El riesgo en que se mira
 Alguna vez el justo,
 Ni el pavoroso susto.
 Y al fin, arroje, oh Dios, tu justa ira

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

Al impio de este suelo
 Al abismo que cubre eterno duelo.
 En fin, de su carrera
 El hombre sanguinario,
 Alevoso y falsario,
 No llega á la mitad, sin que antes muera;
 Mas yo de ti confio
 Ser mas feliz, oh Dios y Señor mio.

Luego de haber llegado en Jerusalem Absalon y sus conjurados, se celebró consejo entre los gefes de la conjuracion. Aquitofel pertenecia á esta escuela política para la cual el buen éxito de una empresa lleva en sí mismo su justificacion; esto es, que el fin justifica los medios; escuela muy particularmente hábil y fecunda en recursos, porque no retrocede delante de los crímenes y prescinde enteramente del orden moral fijándose únicamente en el orden de la conveniencia. Política funesta, que deterrando del manejo de los negocios públicos toda idea de virtud y de decoro, prepara en la region elevada de los hombres de estado los principios disolventes del mas refinado egoismo, que comunicándose despues á las masas, produce las convulsiones, los sacudimientos y los trastornos. Pretendia, pues, Aquitofel que habia dos partidos que tomar para afirmar la revolucion operada: por de pronto comprometer gravemente á Absalon á los ojos de su padre, á fin de que no quedase á los partidarios del primero ninguna esperanza de reconciliacion; y en seguida marchar inmediatamente contra el rey, desconcertado ya, dispersar su ejército mal ordenado, y hacer llegar el golpe hasta su misma persona. Este dictámen prevaleció en cuanto al primer punto, por un cálculo de detestable política; Absalon abusó públicamente de las mugeres de David, pues no podia llegar á mas imperdonable ultraje; al modo que en las discordias civiles vemos á los que dan impulso á la revuelta cómo se afanan en interponer entre los dos partidos algun atentado imperdonable como un muro de separacion. Y esta era al mismo tiempo la pena del talion que anunció á David el profeta Nathan: "Tú pecaste en secreto; yo empero dejaré que te insulten á la faz de los cielos." Los excesos de la libertad humana se hacen de este modo los instrumentos de la justicia divina; porque el mal lucha contra el plan de la Providencia, sin por esto vencerle; y cuando se cree el árbitro, solo porque ha logrado trastornar de él algunas líneas, entonces es cabalmente el momento en que la obra inmortal deja traslucir, y ostenta asombrosamente al través de aquellas hendiduras impotentes hechas por la débil mano del hombre, la riqueza infinita

ta de todos sus aspectos, y la belleza de sus proporciones antes no conocidas.

Si se hubiese adoptado la segunda medida propuesta por Aquitofel, David y su partido sucumbían sin remedio. Pero Cusai, íntimo amigo del rey, y que para servirle había aparentado abrazar la causa de los rebeldes, dió el consejo de reunir fuerzas imponentes antes de apresurar la postrera necesidad de vencer ó morir, ya sea para David, tan feliz en los combates, ya para los valientes que se habían unido á su suerte: pues, segun su dictámen, un solo revés, muy posible en aquellas circunsancias, hubiera perdido para siempre la causa, débil todavía, de Absalon. Prevalció, pues, este parecer; y David, secretamente advertido de que se le dejaba tiempo, pasó el Jordan para escapar de una sorpresa del enemigo.

Es digna de recordarse la manera con que los dos opuestos consejeros emitieron su dictámen en el consejo. "Me escojeré diez mil hombre, habia dicho Aquitofel, y partiré esta noche á perseguir á David, y echándome sobre él, mientras estarán todos rendidos de fatiga y desmayados, le derrotaré; y luego de puesta en fuga toda la gente que consigo tiene, quedará el rey sin amparo, y acabaré con él. Y con esto, conduciré otra vez á toda aquella gente, como se hace volver á un hombre solo, por cuanto tú no buscas sino una sola persona; y muerta ésta, el pueblo quedará en paz." La prudencia humana no podía concebir mas acertado consejo: la consumacion del crimen no podía tener mas acertado defensor. Tanto Absalon como los ancianos todos de Israel, no pudieron dejar de aprobar la propuesta del tan hábil como malvado consejero. Pero Dios, que por medios no conocidos suele burlar las torcidas miras de la prudencia humana, inspiró al mismo Absalon la idea de oír, antes de decidirse, el parecer de Cusai de Araqui, que gozaba de no menos crédito en Israel por su sensatez y perspicacia. Puesto el recién llamado mensajero en medio de la asamblea, luchar debía contra un dictámen que habia merecido la general aprobacion, y que en su interior no podia dejar de reconocer por el mas acertado para asegurar la ruina del perseguido monarca. Pero para salvarle debía oponerse al dictámen de Aquitofel, y para desconcertarle debía apelar á una elocuencia especiosa y deslumbradora que arrastrase tras de sí, é hiciese mudar los ánimos de la asamblea. La arenga, pues, de Cusai es mas animada, sus imágenes mas vivas, la espresion mas enérgica. "Por esta vez, dijo, no me parece el mejor el consejo de Aquitofel." Esta salvedad era muy oportuna, por no parecer que chocaba directamente con su diestro competidor. "No ignoras, añadió dirigiéndose á Absalon, que tu padre y la gente que le sigue son hombres de

valor é intrepidez. A este valor reunen ahora la fuerza terrible de la desesperacion, al modo de una osa embravecida en un bosque cuando le han robado sus cachorros. Tu padre, sobre todo, es aguerrido, y no se detendrá con su gente. A estas horas se hallará tal vez escondido en la profundidad de alguna cueva ó en otro lugar oculto que habrá escogido: y si al primer choque cayere alguno de los nuestros, se publicará por todas partes, que el ejército que sigue el partido de Absalon ha sido derrotado; y con esta voz los mas valientes de los tuyos, cuyo pecho es como de leon, desmayarán de temor, pues sabe todo Israel que tu padre es un varon esforzado, y que son hombres de valor los que le siguen." Con este preámbulo logró debilitar la impresion que habia causado en los ánimos el consejo de Aquitofel, presentando muy dudoso el resultado del primer choque con gentes de valor y desesperadas, y entró despues á ofrecer su dictámen como mas prudente y menos arriesgado. "Por lo espuesto, me parece mejor este consejo: Reúnase contigo todo el pueblo de Israel, desde Dan hasta Bersabé, muchedumbre innumerable como las arenas del mar, y tú te pondrás en medio de todos. Y nos echarémos sobre David donde quiera que le hallemos, y le cubriremos y abrumaremos como el rocío que suele cubrir la tierra, no dejando con vida ni uno siquiera de los que le siguen. Y en caso de buscar un asilo en alguna ciudad, la cercará todo Israel con maromas, y la arrastrará hasta el torrente, de manera que no quedará de ella una pequeña piedra." Con esta hipébole, que tan al vivo pinta el orgullo militar, y tan propia es del lenguaje de los orientales, concluyó el hábil consejero su discurso, que logró sorprender el ánimo de Absalon y el de todos los ancianos. Viendo el viejo ministro de Israel que el consejo de Cusai prevalecia sobre el suyo, furioso, abochornado, y previendo sin duda una inminente ruina, puso fin á sus dias de un modo horrible. Partió para su patria, y se suicidó ahorcándose, y fué sepultado en el sepulcro de su padre. Absalon reunió entretanto numerosas tropas y salió en persecucion de su padre mas allá del Jordan, seguido de todo Israel. Llegó David á los campamentos, y recibió desde luego una hospitalidad generosa y abundancia de socorros para él y su gente. Halláronse los dos ejércitos frente á frente, y era ya inevitable una batalla. Pasó David revista de sus tropas, y dió á Joab el mando del tercio de su ejército, queriendo partir con los suyos el peligro del combate; pero éstos no lo consintieron. "De ningún modo debes venir con nosotros; le dijeron, pues aun cuando los enemigos nos pudiesen en fuga, no seria mucho su triunfo, ni aunque perciera la mitad de nosotros podrán quedar muy satisfechos; porque tú solo vales como diez mil. Asi, mejor es que quedes en la ciudad para poder socorrernos."